

LECCION LVIII.

DE LO QUE PERPETÚA NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR,
EL NUEVO ADAN.

Remedios generales contra los pecados. Las postrimerías: las virtudes. — La Iglesia. — Fundacion de ella: consagracion de san Pedro. — Ascension del Salvador.

Las postrimerías. — Si un médico anunciara haber descubierto un remedio infalible contra algunas de las innumerables dolencias que afligen á nuestra humanidad desde la infancia hasta la vejez, ese médico seria objeto de una ovacion universal; de todas partes correrian á encontrarle; no habria viaje, fatiga ni dispendio que pareciesen bastantes para obtener su pócima estupenda. Alumbrados por la fe, nosotros hemos procurado llenar el oficio de semejante médico, indicando en la leccion que precede remedios especiales para las diversas enfermedades del alma: ¡ojalá todos los hombres recurrieran á los mismos con la propia solicitud y confianza que tendrian por el médico y el remedio de que acabamos de hablar! Nuestra palabra no es nuestra, sino la palabra infalible de Dios: nuestro remedio no es nuestro, sino el remedio del Médico celestial descendido á la tierra para sanar todo lo que está malo.

Supongamos ahora que dicho médico acreditara poseer un específico infalible contra todas las enfermedades: ¡qué tal seria el entusiasmo! ¡cómo se acudiria de uno y de otro confin del globo para tener la dicha de consultarle! ¡con qué generosidad se le pagaria, y qué gratitud se conservaria á ese benefactor de la humanidad, restaurador de la salud despues de crueles dolores! Pues bien, en el orden espiritual, esto es en aquel orden en que se padecen las enfermedades mas graves y agudas, existe ese médico, nuestro Señor, que tiene en su poder el universal específico, el cual nos le brinda y da gratuitamente sin necesidad de viajes ni fatigas, con solo desearlo; específico que tiene la doble ventaja de ser preservativo y curativo, y cuya receta nos dicta el mismo Señor en estos tér-

minos: *En todas tus obras acuérdate de tus postrimerías, y no pecarás jamás* ¹.

Es, pues, de fe que hay un medicamento universal que sana infaliblemente todas las dolencias del alma, y que es no menos eficaz para preservarnos de ellas que para curarlas. Haced la prueba en un hombre cualquiera, rico ó pobre, jóven ó viejo, sabio ó ignorante, expuesto á caer enfermo de orgullo, de avaricia, de lujuria ó de otro pecado, ó enfermo ya de alguna de estas lepras devoradoras; decidle que ensaye semejante medicina, y estad ciertos, como lo estais de la palabra de Dios, que conservará ó recobrará infaliblemente la salud de su alma. ¿En qué consiste, pues, medicamento tan incomparable, y cuál es la manera de emplearlo?

La esencia, por decirlo así, de este remedio son las cuatro postrimerías del hombre, á saber: *muerte, juicio, infierno y gloria*. Llámense *postrimerías*, porque la muerte es el fin de la vida y la cosa postrimera que en el mundo puede acaecer; el juicio *final*, el último de los juicios pronunciados ó pronunciaderos por la conciencia, por los tribunales humanos ó por el mismo Dios, de modo que no tiene apelacion; el infierno el *último* mal que puede acaecer á los protervos, mal irreparable cuyo rigor, duracion y naturaleza no podrá jamás templarse, acortarse ni modificarse; la gloria el bien *postrero* reservado á los buenos, bien inenajenable, completo, sin mezcla y sin fin: tal es la universal panacea preparada por el Médico infalible.

En cuánto á la manera de emplearla, dos cosas se requieren: 1.^o tener fe; 2.^o pensar habitualmente en este remedio. Nada mas fácil que creer en la realidad de nuestras postrimerías, bastando al objeto recordar las pruebas convincentes que hemos ido alegando en el decurso de este Catecismo, y que se contienen en el Evangelio como en todas las obras de Religión; recordar además el consentimiento universal de los pueblos, incluso los paganos, en admitir la teoria de premios y castigos eternos despues de la vida, y asimismo la necesidad de esta creencia que no puede negarse sin negar la distincion entre el bien y el mal: sin hacer imposible toda sociedad entre los hombres; sin desconocer la sabiduría y la justicia de Dios; sin negar al mismo Dios, y por fin, sin caer en desvario. Mas

¹ Fili... in omnibus operibus tuis memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis. (Eccli. vii, 40).

no basta creer con una fe indecisa estas verdades imponentes: es preciso creerlas con fe viva, y ser consecuente con esta fe. El medio mas eficaz para que la fe en estas cuatro grandes realidades influya sobre nuestra conducta, es la memoria habitual de ellas: hé aqui el segundo medio de aprovecharnos de la divina panacea insignuiendo las prescripciones literales de nuestro Médico celestial: *En todas tus obras acuérdate de tus postrimerias.*

¿Por qué en todas tus obras? Porque no hay una sola que no ofrezca al alma germen de mal: la vanidad, el amor propio, el interés, la codicia, la sensualidad; en todas tus obras, porque no hay una sola que no pueda conducir á la eterna bienaventuranza si se cumple debidamente; en todas tus obras, porque esa sucesion de actos, de palabras, de tareas ordinarias, es la que ocupa nuestras horas, nuestros dias, nuestras semanas, nuestros meses, nuestros años, nuestra vida entera, conduciéndonos al cielo ó al infierno.

Acuérdate. La manera de cumplir bien todos los actos de la vida y encaminar ésta debidamente, es fijar siempre la vista en el blanco á do tendemos, como el navegante que deseando arribar á una isla lejana perdida en la inmensidad del océano, no separa sus miradas de la brújula ó de la estrella polar. *Acuérdate*, y al objeto vela sobre tus sentidos internos y externos, para que extrañas preocupaciones no vayan á debilitar ó quitar de tu memoria ese recuerdo luminoso, abandonándote al vislumbre falaz de las maximas del mundo, á las sugestiones del demonio y al erróneo juicio de tus pasiones. *Acuérdate*, y al objeto ponte cada dia en presencia de tus postrimerias, y considéralas detenidamente con una meditacion proporcionada á tu edad y á tus ocupaciones, trayéndolas á la memoria varias veces al dia, y repasándolas nuevamente en el corazon antes de conciliar el sueño. Para que mas fácil sea la aplicacion de este remedio inmortal hé aqui un modelo de la meditacion que encarecemos:

1.º Sobre la muerte. Cuatro cosas pueden considerarse en ella: primero, que es certísima y que nadie escapa á su jurisdiccion: «Yo «he de morir;» segundo, que su hora es incierta, siendo muchos los que sucumben cuando menos se catan: «Ignoro cuando he de «morir, solo sé que puede ser pronto, y que para morir basta un «instante;» tercero, que en la misma acaban todos los planes, todas las empresas de la vida, echándose entonces de ver toda la vanidad de las cosas terrenas: «De todo quedaré despojado, de

«todo separado, de todos olvidado¹;» cuarto, que al llegar la muerte es cuando nos arrepentimos del mal causado y del bien omitido, y que es incalificable locura hacer lo que indudablemente nos pesará haber hecho: «¡Cómo sentiré haber malogrado tantas gracias!»

2.º Sobre el juicio. Cuatro cosas pueden tambien considerarse en él: primero, que tendrá por objeto un asunto de la mas alta importancia, nuestra suprema dicha ó nuestra suprema infelicidad: «En él se resolverá si he de ser santo ó réprobo;» segundo, que será dictado por el supremo Juez, el cual nada ignora y á quien nadie resiste: «Mis pecados secretos, mis faltas ocultas se pondrán en «relieve, y me cubrirán de confusion si no hiciere penitencia;» tercero, que se efectuara en faz de las naciones congregadas, sin que nadie pueda eludirlo: «Y yo estaré allí, y seré visto, y conocido, y «llamado por mi nombre;» cuarto, que no hay esperanza alguna de evitar la justicia del cielo: «Allí estaré; fijo en mi puesto, por la «omnipotencia de Dios.»

3.º Sobre el infierno. Cuatro cosas pueden considerarse asimismo: Primero, su inmensidad. El infierno es un abismo de una anchura, de una altura, de una longitud y de una profundidad sin medida; es anchisimo, porque encierra todos los tormentos imaginables para el alma y sus facultades, y para el cuerpo y sus sentidos; larguisimo, porque todas las penas de él son eternas; altísimo, porque las mismas penas están elevadas á su mayor punto; profundísimo, porque estas penas son colmadas, sin mezcla de lenidad: «¿Y «yo me sentiré capaz de habitar por una eternidad entre aquellas «voraces llamas?» Segundo, sus moradores. El infierno es la mansion de los demonios, enemigos implacables de los hombres, que tendrán un placer cruel en atormentarlos y reirse de sus dolores; mansion de los seres mas abyectos y ruines que hubo en la tierra, asesinos, ladrones, impúdicos, malos hijos, malos padres, los cuales se maldecirán unos á otros: «¿Páreceme agradable semejante «compañia?» Tercero, sus tormentos. Estos son allí de dos clases: pena de daño, ó privacion del supremo bien: «He perdido á Dios, «y perdílole por mi culpa, por una miseria, para siempre y sin recurso;» y pena de sentido, ó dolor corporal: «Yacer en un abismo de fuego, saturado de fuego como la carne en salobre lo está

¹ Omnia si perdas, animam servare memento.

«de sal¹; tocar solo fuego; no respirar sino fuego; sin esperanza de obtener jamás una gotita de agua para templar esa ardencia y mitigar algo la sed roedora que me atormentará noche y día, siempre, eternamente.» Cuarto, sus vías. El camino del infierno es el pecado; primeramente el venial, que enervando el alma la dispone á mortales caídas, y luego el mortal, que abriendo el infierno nos señala un lugar en él, aguardando solo el golpe de la muerte para abismar á su víctima: «Si muriese en este momento, ¿á dónde iría á parar²?»

4.º Sobre la gloria. También cuatro cosas pueden considerarse: Primero, su magnitud. Es anchísima, porque contiene todos los bienes imaginables y no imaginables para el alma y para el cuerpo; es larguísima, porque todos estos bienes son eternos; es altísima, porque estos bienes son muy nobles, muy elevados y superiores á todas las dichas conocidas; es profundísima, porque estos bienes son colmados, sin mezcla alguna de mal: «¿Y yo no haré nada para conseguirlos?» Segundo, sus moradores. El cielo es la morada esplendente de la santísima Trinidad, de la humanidad de nuestro Señor, de María santísima, de todos los Ángeles y de todos los Santos, es decir, de cuanto hay mas bello, mas adorable y mas perfecto: «¿Qué son las grandezas de la tierra en comparacion de todo esto?» Tercero, sus delicias. Estas son de dos clases: delicia del alma, ver, poseer y amar al supremo Bien; y delicia del cuerpo, vida, salud, belleza y juventud eternas: «¿Nada dice esto á mi corazón, á ese corazón tan apasionado por los bienes caducos, en los que no se distingue ninguno de los cuatro caracteres de los verdaderos bienes, siendo todos escasos, cortos, breves y maleados?» Otro tanto cabe decir de los males del mundo, que en realidad vienen á ser poca cosa, y siempre envuelven consigo algun consuelo: «¿No sería yo, pues, un loco rematado si por apego á los bienes de la tierra, y por miedo á las tribulaciones actuales, sacrificase los bienes futuros y me precipitase en los males de la eternidad?» Cuarto, sus vías. La vía del cielo es ser fiel en las pequeñas cosas; porque escrito está: El que es fiel en lo menor, también lo es en lo mayor³: «La pequeña acción que estoy haciendo ahora, si la hago

¹ Omnis victima igne salietur. (Marc. ix, 48).

² Belar. *Dottr. crist.* pág. 246.

³ Qui in minimis fidelis est, et in majori fidelis est. (Luc. xvi, 10).

«bien, es un eslabon de esa gran cadena cuyo extremo está en las manos de Dios, y que me atraerá suavemente á la eterna mansion de la bienaventuranza.»

Haz esto y no pecarás jamás: no pecarás jamás, es decir, segun expresion de san Dionisio, jamás mortalmente y raras veces venialmente. La promesa de Dios es formal, y para corroborarla por vía de contraste el oráculo infalible asegura que la causa de todos los pecados que mancillan la tierra y llenan el infierno es la falta de meditacion¹. No pecarás jamás: lo acredita la experiencia. «La consideracion de las postrimerias, dice san Agustin, es la ruina del orgullo, la destruccion de la envidia, el espantajo de la lujuria, el fundamento de la virtud y el camino real de la eterna salvacion².» Quien leyere la historia de la Iglesia se convencerá de que el recuerdo de las postrimerias ha atajado mas delitos y convertido mas pecadores que todos los misioneros juntos. ¿Quién ignora la decisiva influencia que este saludable remedio ejerció sobre san Juan Crisóstomo, san Agustin, san Jerónimo, san Marcelo, san Bernardo, san Ignacio, san Francisco Javier, san Luis Gonzaga, san Francisco de Borja y otros infinitos?

Las virtudes.—La memoria de las postrimerias es una medicina soberana para preservarnos y guarecernos del pecado, y para obligarnos á romper malos hábitos y contraerlos nuevos y buenos; sin embargo la cura no es completa, y el cristiano no alcanza á lo que debe ser, sino cuando estos buenos hábitos vienen á constituir la regla de su conducta. Efectivamente, para mantener nuestra union temporal con nuestro Señor y alcanzar la union eterna con él, no basta evitar el mal; es preciso practicar el bien; no basta estar libre de vicios; es preciso tener virtudes, y si así no fuere, preparémonos á sufrir la sentencia dictada contra el árbol estéril y el inútil servidor. Mas ¿cómo practicar las virtudes, si no se conocen? Para que se conozcan vamos á dar de ellas una nocion suficiente, á fin de que observando una vida enteramente cristiana logremos perpetuar nuestra union con Jesucristo.

¹ Desolatione desolata est omnis terra, quia nullus est qui recogit corde. (Jerem. xii, 11).

² Consideratio hujus sententiæ, destructio superbiæ, extinctio invidiæ, medela malitiæ, effugatio luxuriæ, evacuatio vanitatis et jactantiæ, constructio disciplinæ, perfectio sanctimonix, preparatio salutis æternæ. (Specul. peccat. c. 1; Cor. à Lapid. in hunc loc.).

El hombre puede ser considerado en sí mismo, y en sus relaciones con Dios: en sí mismo aparece con el rico don de su entendimiento y su voluntad; en sus relaciones con Dios aparece como destinado á la posesion del eterno bien. De estos conceptos procede la distincion de las virtudes en tres clases: *intelectuales, morales y teologales*; pero digamos primero, ¿qué se entiende por virtud en general? *Virtus* quiere decir *fuertza*, pues para obrar bien se necesita vencer, tener fuerza. «La virtud, dice santo Tomás, es una buena cualidad ó un buen hábito del alma que nos hace vivir con arreglo á la sana razon, ó una habitud que nos perfecciona hasta hacernos obrar el bien¹.» La virtud ó es *infusa*, esto es, comunicada á nuestra alma por Dios mismo, sin cooperacion de nuestra parte, como la fe, la esperanza y la caridad en el Bautismo, ó *adquirida*, esto es, granjeada por actos reiterados de nuestra voluntad con apoyo de la gracia, como la paciencia, la obediencia y la mortificacion².

Las virtudes intelectuales son hábitos que perfeccionan el entendimiento, y se reducen á tres principales: *sabiduría, ciencia é inteligencia*³. La sabiduría es una virtud por la que nuestro espíritu distingue los efectos en sus causas mas elevadas. En el orden material, el hombre perfeccionado por ella es como un espectador colocado en la cima de una montaña, que descubre grande extension

¹ Virtus est bona qualitas mentis (seu habitus, qua recte vivitur, qua nullus male utitur; vel, quidam habitus perficiens hominem ad bene operandum. (1. 2, q. 53, art. 4; id. q. 58, art. 3).

² ...Quam Deus in nobis sine nobis operatur; quæ quidem particula si auferatur, reliquum definitionis erit commune omnibus virtutibus, et acquisitis et infusis. (Id. id. q. 53, art. 4). — Virtutes infusæ, seu supernaturales, sunt illæ quæ nequeunt per potentiam naturalem comparari, sed ex natura sua intrinseca postulant infundi, sicque nobis à Deo immediate infunduntur, ut sunt habitus fidei, spei et caritatis, qui etiam parvulis in Baptismo divinitus infunduntur, ex Conc. Trid. sess. VI, c. 7, ibi: «In ipsa justificatione cum remissione peccatorum hæc omnia simul infusa accipit homo per Jesum Christum, cui inseritur, fidem, spem et caritatem.» Virtutes acquisitæ, seu naturales sunt illæ quæ ex natura sua possunt physice acquiri ab ipsa potentia per frequentationem actuum, et de facto nostris frequentatis actibus comparantur, et acquiruntur, ut sunt habitus humilitatis, temperantiæ, mansuetudinis et hujusmodi. (Ferraris, art. *Virtus*, n. 6, 7).

³ Virtus intellectualis est per quam intellectus perficitur ad considerandum verum: hoc enim est bonum opus ejus. ponit has solum tres virtutes intellectuales, scilicet, sapientiam, scientiam et intellectum. (D. Thom. 1, 2, q. 57, art. 2).

de terreno, que ve formarse el rayo y los depósitos subterráneos de donde brotan las fuentes, despejando en sus causas los fenómenos cuya existencia desconocen los seres vulgares. En el orden moral el hombre aquilatado por la sabiduría abarca todos los sucesos, la elevacion y la caída de los imperios, las revoluciones sociales, sus tendencias, los castigos y los premios que reciben en la causal de las causas en la providencia de Dios. ¿Qué superioridad no le comunica esta presciencia, y qué inefables goces no le procura! No es de extrañar que Salomon nada mas pudiese al Señor que la sabiduría, confesando que por ella le vinieron todos los bienes¹.

Oracion, lectura de buenos libros, pureza de espíritu y meditacion, hé aquí los medios principales de obtener esta sabiduría divina que nos preservará de la sabiduría mundanal, ciega, maldita y enemiga jurada de Dios y de los hombres²; pero ¡cuán rara es ella, y por ende cuán necesaria en nuestros dias! Pidámosela al Señor, diciéndole con Salomon: *Dame la sabiduría que asiste á tu trono... para que esté conmigo, y conmigo trabaje, para que sepa yo lo que te es agradable*³.

La ciencia es una virtud por la cual nuestro espíritu ve las cosas en sus efectos, en sus consecuencias y en su relacion mas inmediata con nosotros. El hombre perfeccionado por el saber, aprecia, juzga, discute, analiza, preve, coordina los efectos con las causas, los principios con sus ilaciones, y por una cadena de racionios forma sistemas que le conducen á preciosos descubrimientos ya en el orden material, ya en el moral. Así, puede decirse que el sabio ve desde arriba, y el docto desde abajo; aquel descendiendo de las causas á los efectos, y éste remontándose de los efectos á las causas⁴. Si nada es mas peligroso que un docto á medias, nada tam-

¹ Omnia bona venerunt mihi pariter cum illa. (Sap. vii, 11).

² I Cor. iii, 19; Jacob. iii, 15.

³ Da mihi sedium tuarum assitricem sapientiam... ut mecum sit et mecum laboret, ut sciam quid acceptum sit apud te. (Sap. ix, 4, 10).

⁴ Sapientia considerat altissimas causas... Unde convenienter judicat et ordinat de omnibus, quia judicium perfectum et universale haberi non potest nisi per resolutionem ad primas causas. Ad id vero quod est ultimum in hoc vel illo genere cognoscibilem perficit intellectum scientiam; et ideo secundum diversa genera scibilium sunt diversi habitus scientiarum, cum tamen sapientia non sit nisi una... Sapientia est quædam scientia in quantum habet id quod est commune omnibus scientiis, ut scilicet ex principiis conclusiones de-

poco es mas apreciable y á menudo mas útil que un docto verdadero. Cada cual, en la clase en que Dios le situó, está obligado á ser sólidamente instruido, esto es, á adquirir el saber necesario para el buen desempeño de sus obligaciones hácia Dios, hácia sí mismo y hácia el prójimo; y á nadie fué lícito jamás dejar entorpecer su espíritu en la ignorancia, como no es lícito al labrador dejar inculto su campo, ó al siervo guardar improductivo el talento de su señor, pues Dios condena la ignorancia voluntaria; al paso que promete magníficos galardones á los que depuran su espíritu en el saber. Los mejores medios de adquirirla son el recogimiento, el estudio y la docilidad.

La tercera de las virtudes intelectuales es la inteligencia: consiste en un hábito que perfecciona nuestro espíritu disponiéndole á la noción de los principios de las cosas en sí mismas, hecha abstracción de las conclusiones que se arguyen². El hombre dotado de esta admirable virtud ve la verdad en su pureza; parecido al águila real, cuya segura mirada contempla sin fatigarse, según dicen, el disco esplendente del sol: nada más elocuente que su palabra; nada más persuasivo que sus observaciones; nada más concluyente que sus afirmativas. ¡Cuán necesaria nos es esta inteligencia para desvanecer las nubes y tinieblas que los sofismas de otros ó nuestras propias pasiones esparcen hoy mas que nunca sobre los principios mas incontestables, sobre las verdades mas necesarias al sosten de la Religión, de la sociedad ó de la familia! Tal es, según el oráculo del Espíritu Santo, el efecto especial de esta virtud, la que, sin cesar hemos de pedir á Dios y formar en nosotros, sacudiendo el imperio de los sentidos y las especulaciones del interés, y poniendo en práctica la reflexion³.

La sabiduría, la ciencia y la inteligencia son las tres grandes vir-

monstret. Sed quia habet aliquid proprium supra alias scientias, in quantum scilicet de omnibus iudicat, et non solum quantum ad conclusiones, sed etiam quantum ad prima principia; ideo habet rationem perfectioris virtutis quam scientia. (D. Thom. 1, 2, q. 57, art. 2).

¹ Prov. xv, 24; xvi, 20; xvii, 27; Eccli. xxi, 26; xl, 31.

² Quod est per se notum se habet ut principium et percipitur statim ab intellectu; et ideo habitus perficiens intellectum ad hujusmodi veri considerationem vocatur *intellectus*, qui est habitus principiorum. (D. Thom. 1, 2, q. 57, art. 2).

³ Baruch, iii, 14; Eccli. xxxix, 8.

tudes que perfeccionan nuestro espíritu; todas tres van dirigidas á un mismo objeto, distinguiéndoselas entre sí, no por su índole íntima, sino por su superioridad relativa. Asi la ciencia depende de la inteligencia, al paso que una y otra dependen de la sabiduría, que á las dos abarca, extendiéndose igualmente á los efectos y á las conclusiones de las ciencias, y á los principios de donde las mismas emanan¹.

Las virtudes morales, que son las que reconocen por base nuestras inclinaciones y tendencias, perfeccionan la voluntad del hombre para la práctica del bien y para el buen empleo de su razon. Si solo nos hacen obrar por un motivo natural, no pasan de ser meramente morales y humanas, estériles para la salud; pero si reconocen por móvil la fe, conviértense en sobrenaturales, cristianas y meritorias para la vida eterna². No todas las virtudes morales están en la misma línea; pues hay cuatro, á saber, la *prudencia*, la *justicia*, la *fortaleza* y la *templanza*, llamadas *cardinales*, porque son como la base y origen de todas las demás: en efecto, la prudencia regula el entendimiento, la justicia la voluntad, la templanza el apetito concupiscible, y la fortaleza el apetito irascible³.

La prudencia es la ciencia práctica de aquello que importa hacer y que importa evitar⁴: su oficio es mostrarnos en cuanto decimos,

¹ Si quis recte consideret, istae tres virtutes non ex aequo distinguuntur ab invicem, sed ordine quodam... scientia dependet ab intellectu sicut principaliori; et utrumque dependet à sapientia sicut à principalissimo, quae sub se continet et intellectum et scientiam, ut de conclusionibus scientiarum iudicans, et de principiis earumdem. (D. Thom. 1, 2, q. 57, art. 2).

² Virtus humana est quidam habitus perficiens hominem ad bene operandum. Principium autem humanorum actuum in homine non est nisi duplex, scilicet intellectus sive ratio, et appetitus; haec enim sunt duo moventia in homine... Unde omnis virtus humana oportet quod sit perfectiva alicujus istorum principiorum. Si quidem sit perfectiva intellectus speculativi vel practici ad bonum hominis actum, erit virtus intellectualis; si autem sit perfectiva appetitivae partis, erit virtus moralis. (D. Thom. 1, 2, q. 58, art. 3).

³ Belar. *Doctr. crist.* pag. 209.

⁴ Prudentia est appetendarum et vitandarum rerum scientia. (S. Aug. *De Liber. arbitr.* lib. 1, c. 13). — Virtutes cardinales quatuor assignantur, scilicet, prudentia, justitia, temperantia et fortitudo; de quibus legitur *Sap. viii, v. 7: Sobrietatem enim et prudentiam docet, et justitiam, et virtutem, quibus utilis nihil est in vita hominibus*. Unde S. Ambr. *in e. vi Evang. Luc.* sic expresse habet: *Scimus virtutes esse quatuor cardinales, temperantiam, justitiam, prudentiam, fortitudinem*; et S. Aug. *in Psalm. lxxxiii, 8: «Virtutes, in-*